

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)



VI PREMIO INTERNACIONAL  
CUADERNOS DEL LABERINTO  
DE HISTORIA, BIOGRAFÍA Y MEMORIAS



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Sonsoles Sánchez-Reyes

# LO QUE PERDIERON LOS HÉROES

Fotografías: Gabriela Torregrosa Benavent

Prólogo: Jesús Carrasco



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
COLECCIÓN ANAQUEL DE HISTORIA, nº 21

MADRID • MMXXV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO  
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:  
© Cuadernos del Laberinto  
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © SONSOLES SÁNCHEZ-REYES

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Fotografías © GABRIELA TORREGROSA BENAVENT  
Fotografía de cubierta: Ángel de la Capilla Real de Dreux

Prólogo © JESÚS CARRASCO

Corrección ortográfica © BEATRIZ GARCÍA MUÑOZ

Diseño de la colección © ABSURDA FÁBULA  
www.absurdafabula.com

Impreso en Copias Centro (Madrid)



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Imprenta: Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.cedro.org](http://www.cedro.org); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: Noviembre 2025

Depósito legal: M-23148-2025  
I.S.B.N: 979-13-87751-00-5

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

*A mis padres, M<sup>a</sup> Jesús y Jaime, mis héroes*

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

# ÍNDICE

Prólogo. Por Jesús Carrasco .....	pág.	7
Introducción .....	pág.	11
<b>1. El esfuerzo sobrehumano .....</b>	<b>pág.</b>	<b>15</b>
La catástrofe del <i>Cabo Machichaco</i> .....	pág.	17
Dickens y el accidente ferroviario que lo marcó para siempre .....	pág.	25
Napoleón aprende francés .....	pág.	33
Gaudí en León.....	pág.	41
El mayor terremoto vivido en Europa: Lisboa, 1755.....	pág.	49
<b>2. La grandeza de la pequeñez .....</b>	<b>pág.</b>	<b>57</b>
Mano izquierda para escribir .....	pág.	59
Dumas, el hijo del héroe.....	pág.	67
Cuando la Virgen habló <i>patois</i> .....	pág.	75
El rey Empecinado contra el guerrillero .....	pág.	83
<b>3. La desgracia de los grandes .....</b>	<b>pág.</b>	<b>91</b>
El trágico sino que vio la Menina .....	pág.	93
La Condesa de Chinchón, lágrimas como espigas .....	pág.	101
Diana de Poitiers bebiendo oro para mantenerse bella .....	pág.	109
Fernando VI, el rey que amó hasta la muerte .....	pág.	117
<b>4. La humanización de lo divino .....</b>	<b>pág.</b>	<b>125</b>
San Lucas, el Evangelista que pintó a la Virgen .....	pág.	127
El santo que vio derribar la muralla de Ávila .....	pág.	135
Los enigmas de Santa Ana .....	pág.	143
El Cristo más alto de España .....	pág.	151

El judío errante .....	pág.	159
San Antonio sin Padua .....	pág.	165
San Agustín y su viaje de 1.300 años .....	pág.	173
<b>5. Conquistando mundo excéntricos .....</b>	<b>pág.</b>	<b>179</b>
Madrid, capital de Armenia .....	pág.	181
El ejército de las 3.000 piedras .....	pág.	189
El emperador de los mares .....	pág.	197
El catafalco que quiso vivir .....	pág.	205
Cuando Valladolid fue capital de España .....	pág.	209
La luz de los hermanos Lumière .....	pág.	217
Superga, los Saboya y el fútbol .....	pág.	255
La roca que se abría al océano .....	pág.	231
Arsène Lupin, un caballero ladrón .....	pág.	239
<b>6. El tormento del artista .....</b>	<b>pág.</b>	<b>247</b>
Víctor Hugo llora a su hija muerta .....	pág.	249
La noche en que Van Gogh se cortó la oreja .....	pág.	257
La venganza de Anna Karénina .....	pág.	265
Monet pintando del natural .....	pág.	269
Epilogo .....	pág.	277
Pies de fotos .....	pág.	281

# PRÓLOGO

**POR JESÚS CARRASCO**

*Lo que perdieron los héroes*, el libro que sostiene ahora en sus manos, se puede leer de varias maneras. La primera y más evidente es percibirlo como un registro de personajes que, a lo largo de la historia y, por los motivos más diversos, han pasado de una condición humana anodina a una extraordinaria.

Es un registro que, en ningún caso, aspira al canon. Su autora, Sonsoles Sánchez-Reyes, no nos propone una taxonomía ni una clasificación por orden de importancia, tan del gusto de nuestro tiempo. No hay un número uno ni un número cincuenta. Lo que hay es una singular mirada a una categoría, la del héroe, que es fundacional en nuestra cultura desde que Homero compuso *La Iliada* y *la Odisea*.

Esa noción homérica del héroe evoca valores extraordinarios (la valentía, el arrojo o el desprecio por la propia vida) al tiempo que reclama para su desarrollo un contexto igualmente extraordinario (la batalla, la travesía, la conquista o la catástrofe, por citar solo algunos).

La noción contemporánea o actualizada, sin embargo, se comporta de manera distinta. Por un lado añade ambigüedad a esa definición clásica y por otro, amplía el rango o los motivos por los que alguien puede ser considerado un héroe. Hoy sabemos que, para pasar de la condición ordinaria, de la que todos partimos, a la extraordinaria, no es condición *sine qua non* ese contexto singular de la batalla o la catástrofe. Hoy el heroísmo puede ser encontrado y reconocido en entornos cotidianos: en un hospital, en una cocina, en un andamio, en un invernadero, en los rellanos de las escaleras y en los mercados.

Y esta es, en mi opinión, otra manera de leer este libro: hacerlo en busca de la noción misma de heroísmo. Tratar de entender qué es lo que nos convierte en héroes. Lo heroico, y esto vale tanto para la noción clásica como para la actualizada, se configura siempre en relación con la comunidad y los valores de cada tiempo, en un ensamblaje que no siempre es posible porque el héroe, en muchos momentos, se debe a su propia concepción de las cosas, a su criterio: arriesgaré mi vida para intentar salvar a esa persona a pesar de que los demás me adviertan de que es peligroso.

Esta idea, la de la persona que cumple con su particular brújula moral, ha derivado en que muchos de los que ahora consideramos héroes, como apunta la autora en su introducción, fueran en vida personajes discutidos, ignorados y hasta rechazados. Pero también el camino contrario es posible: héroes que su tiempo reconoció y que, con el paso de los años y los siglos, han sido contemplados desde otra escala de valores hasta bajarlos de sus pedestales.

*Lo que perdieron los héroes*, propone una muy interesante reflexión sobre este hecho al reunir relatos de personas que, en circunstancias muy distintas, se vieron obligadas a afrontar situaciones extremas. Algunas proceden de la guerra y la política,

otras del arte, la religión o la vida cotidiana. No se trata de construir un panteón homogéneo, sino de mostrar, como apuntaba al principio, la diversidad de formas que puede adoptar el heroísmo.

Pero a pesar de lo heterogéneo de la selección, hay algo que conecta todas las historias que este libro ofrece: la pérdida. Toda gesta tiene un precio y, a menudo, lo perdido tiene tanto valor como lo ganado. Algunos héroes murieron jóvenes, otros fueron despojados de reconocimiento, muchos arrastraron enfermedades o miserias que marcaron su existencia. Lo que los vuelve memorables no es únicamente la magnitud de sus logros, sino la capacidad de sostenerse frente a la adversidad y la pérdida.

El título del libro subraya esta idea. Aquello que cada héroe perdió no es una nota al margen sino el centro mismo de su condición. La vida del héroe no es una vida perfecta marcada por el éxito sino una forma de afrontar lo irreversible. Y Sonsoloes Sánchez-Reyes, al poner el acento en lo perdido, nos muestra el reverso de la épica: el héroe como figura vulnerable, expuesta al dolor y a la derrota. El héroe que se parece a cada uno de nosotros.

La lectura de estas páginas invita, en mi opinión, a un ejercicio de atención crítica. No se trata de aceptar sin reservas la categoría de héroe ni tampoco de rechazarla por anacrónica. Se trata, más bien, de examinar qué nos dicen hoy estas vidas sobre la resistencia, la dignidad y la capacidad de actuar frente a lo inesperado.

El heroísmo, entendido así, no es patrimonio de unos pocos. Tampoco requiere condiciones excepcionales de nacimiento o talento. Surge de la respuesta concreta a circunstancias extremas. Por eso, al recorrer estas historias, el lector puede encontrar no solo ejemplos lejanos, sino también un espejo donde reconocer aspectos de su propia experiencia que, quizá, puedan ser considerados heroicos.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

# INTRODUCCIÓN

Este es un libro que compila historias heroicas. Gestas sobrecogedoras, algunas al uso, de heroísmo que huele a pólvora y a sudor, y otras sui generis o directamente atípicas, que saben al regusto amargo del llanto y el nudo obstinado en la garganta. Porque consustancial a la noción de heroísmo es contarlo, y todo adalid necesita su bardo. ¡Cuántos héroes han sido, bien ensalzados, o bien engullidos por la historia oficial!

Son narraciones estas que aspiran a la veracidad, protagonizadas por personas que se elevaron desde la esclavitud, el repudio o una existencia insustancial, muchas de origen desconocido u oscuro, hasta llegar a habitar una dimensión especial, un mundo propio, ese de quien ha logrado colonizar una parcela en el imaginario colectivo, que se activa por quienes escuchan su historia con un brillo en los ojos y un palpito emocionado en el corazón.

Cada sociedad se enorgullece de su acervo de héroes, que tras ser canonizados son aceptados sin discusión, encumbreados en pedestales de plazas públicas o iglesias, mencionados en el nomenclátor de callejeros, colegios o parques, y estudiados como parte de los programas educativos oficiales. Su historia se transmite con una mezcla de respeto y veneración, se replica

en los textos con especial hincapié en los hechos más gloriosos, y se extiende por doquier, haciendo imposible abstraerse al conocimiento de su relato.

Sin embargo, muchas veces los contemporáneos del protagonista no han percibido ningún aura dorada rodeando su figura; la opinión general establecería que no era más que alguien que pasaba anodinamente sus días o incluso llegaba a ser denostado, y ha sido preciso trascender la propia época vital del individuo en cuestión, en décadas o en siglos, para encender la llama en el pebetero de su condición inmortal. La razón es porque un héroe encarna las virtudes que se consideran tales en un determinado momento que lo consagra, pero sus conductas pudieron verse como transgresoras en su contexto del pasado o simplemente no ser comprendidas ni compartidas entonces, por excesivamente innovadoras. Y viceversa, sujetos insignes en un punto de la historia, en ocasiones evolucionan hasta considerarse odiosos o irredentamente desfasados con el transcurso del tiempo, sin permitir trasponer su reputación de un período al siguiente. La tentación de los cuentos de héroes es sucumbir a la clasificación maniquea de dividir en buenos y malos. Cuando reparar en el tamiz del foco que se posa sobre ellos muestra lo habitual que es aplicar reduccionismos simplistas, limpiar las lentes trasluce a la mirada una gama de grises donde antaño se antojaba que había solo blancos y negros.

Por eso, resulta fatuo calificar apresurada y superficialmente de héroe o villano, triunfador o fracasado, a un personaje si no se llega a contemplarlo sin prejuicios y además no media la suficiente distancia temporal para poder hacerlo con el requerido conocimiento de causa. ¡Qué perplejidad e incredulidad denotarían los coetáneos de tantos, otrora proscritos o sombríos, si por fortuna pudieran haber vislumbrado, por una rendija de

los pliegues de la fascinante dimensión temporal, la celebridad que estaban llamados a adquirir algunos centenares de años después!

Estos textos en su trasfondo se plantean qué es ser un héroe. Porque no confiere esa condición estar hecho de una factura especial, contar con un ADN que mediatice el germinar indefectiblemente en madera de titán. Nadie elige lo que le sucede. Nadie se convierte en heroico simplemente por estar atravesando los días peores de su vida, o deber bregar con situaciones delicadas en las que nunca creyó verse inmerso. Lo que distingue a las personas es la manera de afrontar lo sobrevenido. La valentía no supone no sentir miedo, angustia o ansiedad, sino vencerlos. La reacción que caracteriza el comportamiento heroico es la de tragarse el temor y la desesperación, cargarse a la espalda la frugalidad y la contención y lanzarse con denuedo a dar la cara a las penalidades, vertiendo en la pugna todo aquello de lo que uno es capaz.

Un aspecto irresistiblemente atractivo de un héroe es el contraste, mejor cuanto más abrupto y desproporcionado, entre sus excepcionales logros y su sufrimiento personal. Paradójicamente, no se le admira tanto por lo ganado, sino por lo perdido. La resiliencia, el aguante, la capacidad de sobreponerse a una estocada de la vida o a un cruel golpe de desdicha que le perfora el corazón para siempre, hacen que su ejemplo adquiera para el espectador la profundidad atemporal de saberse ante un compañero en los infortunios propios de la frágil naturaleza humana. Discursos actuales de autoayuda esgrimen sus historias a una luz victoriosa, son la prueba de que todos podemos aún alcanzar el éxito, reparan en impactantes aspectos de sus trayectorias vitales que no los revelan como criaturas superdotadas, sino como seres humanos de carne y hueso, tan vulnerables como cualquier otro: quizá

murieron jóvenes o en la miseria, o lo tuvieron todo al alcance de su mano —poder, riquezas, talento...— y aun así se vieron envueltos en tragedias personales que harían compadecerse al más humilde de los hombres; o tal vez no lograron reconocimiento alguno en vida mientras que irónicamente, tras su muerte, relevantes entidades y hasta poblaciones enteras han vivido cómodamente del caudal emanado de su próspero legado.

Es decir, el héroe también es antihéroe, son dos caras inseparables de la misma moneda, y depende en gran medida de cada uno hacer prevalecer una sobre la otra, lucir una más bruñida y pulirla con voluntad. El héroe, pues, más que nacer, se hace. Cada una de estas historias son arquetipos de ello.

# 1. EL ESFUERZO SOBREHUMANO

Hay tareas o misiones de tamaña magnitud y dificultad, que de entrada ya parecerían estar abocadas al fracaso. Quienes se embarcaron en ellas puede que no coronasen de éxito su objetivo, pero incluso siendo ese el desenlace de su portentosa hazaña, la tentativa inviste a su figura de una cualidad elogiosa y admirable. Los héroes son maestros en demostrar que no hay nada verdaderamente imposible, que la perseverancia y la mera nobleza de sumar los minúsculos granos de arena de unos y otros ya implican de por sí haber vencido.

El fallo final, que no el desistimiento, ante unas fuerzas infinitamente más poderosas que las propias, quizá de un mal, más poderoso por antonomasia, humaniza y acerca a sus semejantes a quien acomete la intentona. Porque no ha buscado destruir, sino construir.

[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## LA CATÁSTROFE DEL CABO MACHICHACO

La mayor catástrofe civil de la historia contemporánea de España tuvo lugar hace siglo y medio en Santander, y de sus grandes dimensiones nos da una idea el hecho de que todavía cada año, a pesar de tanto tiempo transcurrido, se continúa recordando y haciendo una ofrenda floral en el día de su aniversario.

El *Cabo Machichaco* era un vapor de 78 metros de eslora y 10 de manga, construido en 1882 en el astillero Schlesinger, Davis & Co., de la ciudad inglesa de Newcastle, aunque inicialmente había sido denominado *Benisaf*. Fue de los últimos barcos de su categoría con casco de hierro, pues pronto se utilizaría el acero, más ligero y con mayor capacidad de carga. La embarcación contaba con tres bodegas, dos a proa con una separación no estanca, y una tercera a popa. Su primer propietario fue el armador francés Jules Mesnier, pero en 1885, el *Benisaf* y tres buques análogos fueron vendidos por 49.500 libras a la compañía sevillana Ibarra y Cía., siendo rebautizados.

El 24 de octubre de 1893, el *Cabo Machichaco* zarpó de Bilbao siguiendo su ruta habitual a Sevilla, y realizó la escala acostumbrada en Santander, seis horas después. Aunque solía hacerla los domingos por la tarde, ese día era martes, porque los calendarios habían quedado trastocados como consecuencia de las medidas sanitarias aplicadas por la epidemia de cólera en Bilbao a los navíos procedentes de allí. En el caso del *Cabo Machichaco*, además, buena parte de sus 35 tripulantes, incluyendo su capitán, Facundo Léniz, eran vizcaínos. Las autoridades portuarias, siguiendo el reglamento, prescribieron a la nave diez días de cuarentena fondeada al final de la bahía, frente al lazareto de Pedrosa.

El barco portaba 1.616 toneladas de carga, que se componía de materiales siderometalúrgicos y de ferretería como vigas de hierro, hojalata, tuberías, clavos y raíles; productos alimentarios, papel, tabaco, madera, artículos de droguería y 12 toneladas de ácido sulfúrico en 20 recipientes de vidrio. También transportaba 1.720 cajas de dinamita de 25 kg cada una, cantidad que cuadruplicaba la normal, porque acumulaba el envío del buque que no había llegado la semana anterior, y además llevaba la carga de dos líneas, Sevilla y Marsella.

La dinamita, salvo 463 cajas almacenadas en la bodega de popa, iba distribuida mayoritariamente entre las dos bodegas de proa, cuyos entrepuentes estaban repletos de vigas de hierro. El Reglamento del Puerto de Santander obligaba a los buques que transportaban explosivos a descargarlos en gabarras fondeados en La Magdalena, o bien en los alejados muelles 7 y 8 de Maliaño. Pero como no había obligación de declarar las mercancías en tránsito, solo las destinadas a Santander, el *Cabo Machichaco* únicamente notificó 20 cajas de dinamita y 10 de ron, y nadie vio peligro en esos reducidos guarismos, por lo que las autoridades fueron laxas en exigir el cumplimiento de la regulación, para evitar a la naviera los gastos y trastornos que eso le supondría.

El 3 de noviembre de 1893, finalizada su cuarentena, el *Cabo Machichaco* atracó a las siete de la mañana en el muelle 1 de Maliaño, en el centro de la ciudad, e inició con presteza el trasbordo de la carga al buque *Navarro*, que partiría con la marea para Cuba. Las 20 cajas de dinamita que se quedaban en Santander, escoltadas por la guardia municipal, recorrieron la urbe sobre un carro hasta alcanzar su destino. Tras la descarga de la bodega 2, se hizo lo propio con la 3, y cuando hacia las 14 horas los trabajos estaban concluyendo, se percataron de que faltaban cinco sacos de la segunda bodega. Al volver a esta a por ellos y levan-

tar los cuarteles para buscarlos, comenzó a salir humo proveniente de un incipiente incendio, cuya causa fue incapaz de determinar el Tribunal Supremo en 1900, aunque se barajó fuera por una colilla o la fractura de algún frasco de droguería al entrar en contacto con material inflamable.

La tripulación trató de apagarlo con agua, con la colaboración de los bomberos. Buen número de curiosos se acercó a verlo desde tierra, y pronto comparecieron las autoridades: gobernadores civil y militar, alcalde, concejales, jueces y fiscales, responsables del puerto, oficiales de Ejército y Armada, jefe de la Guardia Municipal... Por el muelle circuló la información de que el buque transportaba dinamita y muchos transeúntes optaron en un primer momento por alejarse, pero volvieron al ver a las autoridades allí, lo que les hizo deducir que era una falsa alarma. Se ha estimado que habría unos tres mil espectadores en un radio de 200 metros, muchos niños, detenidos con sus madres o nodrizas en su ruta escolar.

Quienes dirigían la operación se guiaban por la convicción de que la dinamita no estalla en contacto con las llamas, solo arde. Pero no contaban con que un cartucho sumergido en agua puede disolverse y liberar gotas de nitroglicerina, que sí es susceptible de reventar.

A pesar de los enormes esfuerzos, el fuego de la bodega 2 no se sofocaba, y junto con el agua se extendió a la bodega 1. La tripulación del correo *Alfonso XIII*, de la compañía Trasatlántica, llegado el día anterior de La Habana, vino a socorrer al barco incendiado. Visto lo comprometido de la situación, el capitán decidió inundar ambas bodegas, abriendo un boquete en la proa. Los trabajadores se apresuraban a salvar efectos y mercancías antes de sumergirse el barco, mientras las autoridades subían a los botes para trasladarse a tierra.



Pero, acometiendo estas tareas, hacia las 16:45 se produjo una violenta explosión, como un gigantesco cañonazo de metralla disparado verticalmente hacia el cielo. Su trayectoria parabólica esquivó a los subalternos ubicados a popa del *Cabo Machichaco*, que de este modo salvaron la vida. Sin embargo, perecieron quienes se encontraban a proa o en las embarcaciones aledañas, como el capitán Léniz y sus oficiales, el capitán del *Alfonso XIII*, Francisco Jaureguizar, y 31 tripulantes, y casi todas las autoridades santanderinas.

Los fragmentos metálicos de la carga actuaron como metralla en un radio de 700 metros, aunque piezas más compactas se localizaron a 5 km de distancia, y en el tejado de un almacén de maderas situado a 2 km se produjo el macabro hallazgo de dos piernas. El bastón del malogrado gobernador civil, Manuel Somoza de la Peña, apareció en la playa de San Martín. El cuerpo del marqués de Casa Pombo fue identificado gracias a su reloj característico. Por una desgraciada coincidencia, en aquel momento salía de la estación el tren de Solares, sobre el que se precipitaron restos del barco, causando numerosas víctimas entre los pasajeros.

La multitud en las proximidades se vio cruelmente afectada, no tanto por la onda expansiva como por la metralla. Toneladas de agua y fango caídas del cielo arrastraron a muchas personas al mar o las golpearon letalmente contra superficies. La tremenda deflagración arrasó 25 manzanas de viviendas alrededor del puerto, y produjo un movimiento sísmico. La estación telegráfica de Santander fue uno de los 60 edificios que quedaron destruidos, lo que imposibilitó las comunicaciones en los momentos críticos y dificultó la precisión de las primeras crónicas periódicas, reflejadas masivamente por la prensa española e internacional. El cargamento de vigas metálicas y raíles actuó como si